

PÁGINAS
DE
HISTORIA
CONTEMPORÁNEA
DE ESPAÑA

Joaquín M^a NEBREDA PEREZ

Trabajos realizados durante el Curso de Doctorado en Historia Contemporánea.

RECENSIONES BIBLIOGRÁFICAS

**B.- Notables en busca de masas.
El conservadurismo en la crisis de la
Restauración.
Julio GIL PECHORROMÁN**

**RECENSION DEL TRABAJO
NOTABLES EN BUSCA DE MASAS. EL CONSERVADURISMO EN LA
CRISIS DE LA RESTAURACION.**

**Por Julio GIL PECHORROMAN.
Rev. Espacio, tiempo y forma. Serie V. nº 6 (1993)**

I.- Situación de partida.

En los inicios del siglo XX el conservadurismo español, amalgama de diversas tendencias unionistas, ultramontanos o neocatólicos, *romeristas*, *silvelistas* y, después, puristas), firmes en el objetivo de mantener el sistema de turno con la liberales, han ido aproximando sus posiciones al adversario y tratan de asumir el movimiento regeneracionista surgido tras el *desastre del 98*. Pero, en todo caso, al igual que sus oponentes los liberales, sigue siendo un grupo de notables preocupados por mantener sus respectivas clientelas, basándose en el sistema caciquil imperante.

Lo cierto es que al inicio del siglo XX se había producido un hecho nuevo, el de la promulgación del *sfragio universal masculino*, lo que obligaba a integrar en sus respectivas clientelas no sólo a la clase media sino, también, a las clases populares, novedad que obligaba a reorientar una política de corte oligárquico, lo que se hacía más patente con la difusión de las ideas regeneracionistas de modernidad.

Así que aproximación ideológica a los liberales, necesidad de incorporar a su clientela a las clases populares y tendencia desarrollista del regeneracionismo son los tres vectores que condicionarán el próximo devenir de los conservadores.

Estas tensiones originan la fractura del conservadurismo español, en el que se percibe, por un lado, una línea basada en la confesionalidad, que incluye a los carlistas, en la que afloraron tendencias militaristas, que no tuvieron éxito hasta Primo de Rivera y, de otro lado, la tendencia liberal-conservadora de Silvela, Dato y Maura, que llegaría al Gobierno de la Nación y

establecería, en las postrimerías del siglo XIX y en el primer decenio del siglo XX), una tendencia reformista, en congruencia con el regeneracionismo imperante (reforma de la Administración, descentralización regionalista, desarrollismo económico y reforma fiscal, innovación electoral y eliminación del sistema caciquil y reformas sociales).

Advierte el profesor Gil Pechorromán, en el trabajo que recensiono, que la propia estructura del conservadurismo político, formada por políticos profesionales, en muchos casos oligarcas con plena independencia económica, que gestionaron la reforma *desde arriba*, con su inevitable concepción elitista, y no por un bloque compacto que representara fielmente al conservadurismo de la clase media española, hizo estéril el esfuerzo renovador.

Naturalmente, no acabaron con el caciquismo, clave del propio sistema de turno. Cuando Maura ensayó, en el año 1903, la celebración de unas elecciones honradas, percibió que el sistema de turno ocultaba el mayor peso electoral de las izquierdas, razón por la que se preferiría un sistema organicista, estamental, en el que la élite tradicional asumiera el poder.

Maura no asumió la oposición a su política sino como una cuestión de orden público, cuyo hito más relevante sería la *semana trágica* de Barcelona de 1909, lo que hacía patente la presencia de una izquierda potente *extramuros* del sistema.

La *“revolución desde arriba”*, ideal del conservadurismo fracasó.

II.- Ruptura del Conservadurismo.

La conclusión que cabe extraer se concreta en que el conservadurismo regeneracionista no fue capaz de asumir el reto de la modernidad, lo que llevaría al régimen de la restauración, caracterizado por el turnismo, a su final pocos años después, por la disgregación de los propios partidos turnistas.

A Maura le sucedería, en la dirección del grueso del Partido Conservador, Eduardo Dato, de corte silvelista, abriéndose la disidencia

orquestrada por Angel Ossorio y Gallardo como mantenedor de las esencias mauristas.

El maurismo se instaló, como fuerza regeneracionista que era, en la defensa del orden monárquico, aunque con menor intensidad que los *idóneos* de Dato por el poco aprecio demostrado por el rey a su jefe, al escamotearle el encargo de formar gobierno en dos ocasiones; en la descentralización administrativa, como expresión de los llamados *derechos históricos* de determinadas regiones; en el social-catolicismo; en el nacionalismo español, buscando la integración de las derechas no regeneracionistas, de raíz anti-liberal, con la finalidad de que Antonio Maura liderara un gran partido de derechas interclasista, pero de los resultados electorales habidos en el periodo 1916-1923 se deduce que el maurismo fue una fuerza de escasísima relevancia parlamentaria, pues la bandera conservadora, desde la ruptura, estuvo en manos de los *idóneos*.

Fue objetivo básico del maurismo el de aglutinar a la denominada *masa neutra* de católicos alejados de la participación política que, naturalmente, podrían incluirse en el programa maurista, incluidas las bases del tradicionalismo jaimista.

Recuerda el profesor Gil Pechorromán que el maurismo no era un bloque monolítico sino que disponía de tres alas que podrían haber facilitado la incorporación de los distintos sectores conservadores y, especialmente, del tradicionalista e incluso del integrista.

Efectivamente el maurismo, utilizando términos de ubicación en absoluto aplicables en nuestros días, se desplegada en tres grandes corrientes. Tenía un ala izquierdista ocupada por los social-católicos de corte reformista, liderada por Angel Ossorio y Gallardo, en el que convivían los conservadores con los nuevos propagandistas, que pretendía abrirse a las clases populares abandonando el mono cultivo de la clase media; un ala centrista, liberal-conservadora, congruente con el liberalismo maurista, dirigida por Gabriel Maura y con la colaboración del conservador-autoritario Juan de la Cierva y, por último, un ala derechista, cuya principal figura sería Manuel Allendesalazar

y, después, Goicoechea, ocupada por el sector más reaccionario del conservadurismo en la que destacaban las juventudes mauristas, de tendencia revisionista de las incrustaciones liberales en la Constitución de 1876, de percepción democrática menos intensa, de clara tendencia corporativista aunque respetuosa con la existencia de partidos políticos, partidarios del intervencionismo estatal y de un gobierno fuerte, capaz de aplicar la filosofía regeneracionista, que acabaría desembarcando en la derecha autoritaria.

Por lo que a la dinámica parlamentaria se refiere, pese a su escaso peso parlamentario, Antonio Maura presidiría el gobierno de *concentración nacional* e 1918 y, también, el de 1919 uno de supuesta *concentración conservadora*. El primero fracasaría por las rencillas de los líderes que lo componían, el segundo formado sin acuerdo con los *idóneos* fue un gobierno de mera gestión, apoyado en los *ciervistas*, que suponía un paso más en la ruptura del turnismo y que colocó al maurismo en la extrema derecha.

Este gobierno Maura sufrió graves tensiones de orden público, revitalizándose el movimiento anticlerical de la izquierda que constituía un elemento más de la confrontación política. Maura, muy influido por el conservador-autoritario Juan de la Cierva, convocó elecciones suspendidas las garantías constitucionales y limitada la libertad de prensa, pero el maurismo, desde el poder e incurriendo en las prácticas caciquiles y de corrupción electoral que había denunciado, no fue capaz de salir de su nimiedad parlamentaria, por lo que desasistido de los *idóneos* y con la mayoría parlamentaria de izquierdas, debió resignar el poder.

En las elecciones de 1920, convocadas por Dato, se hizo patente el descredito del maurismo, con lo que la reunificación del conservadurismo bajo su liderazgo se hizo ya imposible.

Se deshizo la posibilidad de que Antonio Maura reagrupara el conservadurismo español ajeno al *turnismo*, desde los liberal-conservadores hasta los tradicionalistas-jaimistas, sobre todo el ala *mellista* del carlismo, disidente desde 1919.

Señala el profesor Gil Pechorromán que, a pesar de todo, el conservadurismo tuvo una última oportunidad de reunificación, cuando en el año 1921 Eduardo Dato abrió una crisis sucesoria en su partido y el rey llamó a Maura para formar un gobierno de concentración monárquica, en el que cupieran todas las tendencias dinásticas y, por tanto, excluidos los carlistas y los republicanos liberales y reformistas, pero Maura no fue capaz de liderar a los *idóneos* ni de trabar una sólida alianza con la Lliga Catalanista de Francisco Cambó, con lo que sólo duró dos años y, desde luego, no reunificó el conservadurismo español, muy al contrario éste salió más dividido de la experiencia gubernamental y así Angel Ossorio y Gallardo acabaría escindiéndose con el Partido Social Popular, identificando su posición social-católica.

III.- Una movilización defensiva.

Estamos ya en la época en que la revolución bolchevique ha triunfado y su triunfo ha sido conocido en todos los rincones de Europa, levantando seria preocupación. Se hace patente que los modos revolucionarios del sindicalismo de clase hace previsible que la revolución bolchevique prenda en toda Europa, de modo que no era extraño que el conservadurismo español, como el europeo, se preguntara si su soporte ideológico, sus instrumentos políticos, el parlamentarismo y su extracción elitista, eran ya solución alguna.

Se va articulando un frente contra-revolucionario en el que participaba el Somatén, los sindicatos libres católicos, etc, tratando de movilizar a los sectores sociales afines al conservadurismo, lo que se llamaría la *“gente de orden”*, situación que aleja la política real, si se quiere, callejera, del Parlamento y del juego político clásico, llegando a surgir en Madrid la Unión Ciudadana, especie de milicia urbana en la que se agrupaban los sectores más ultras aunque financiados por pacíficos conservadores.

Esta tendencia de funcionalidad extra-parlamentaria surge coincidiendo con la aparición del fascismo en Italia, con lo que pudieran encontrarse cierta tentación seguidista del movimiento mussoliniano y, en todo caso, el nacimiento de una extrema derecha española que no constituía un fenómeno de masas

por cuanto que no era un movimiento articulado, pues eran iniciativas aisladas, de civiles o de militares, que surgían sin un trabazón organizativo común.

El fracaso electoral de 1923 hace patente, para muchos conservadores, la necesidad de dar una salida autoritaria al fracaso del régimen parlamentario nacido de la Restauración, porque el fracaso de los partidos dinásticos que lo conformaron se hizo patente, precisamente, al fracasar en su intento de convertirse en partidos de masas.

Años después, ya en la II República, se conseguiría el objetivo de presentar un partido de derechas en el que se integraran las masas, la CEDA.

IV.- La experiencia primoriverista.

El general Primo de Rivera pondría en marcha la solución autoritaria y al poco de instalarse en el poder se plantea la necesidad de organizar un partido de masas capaz de dar la réplica al PSOE, apoyándose más en las bases del conservadurismo, en su amplio sentido, que en las estructuras de los viejos partidos. Esto es, trataba el general de replantear un nuevo bipartidismo, más conforme a la realidad del momento, en el que ya estaba integrada la izquierda, como nuevo fenómeno político y social del primer cuarto del siglo XX.

Efectivamente, como señala Manuel Tuñón¹ de Lara, en el inicio de la segunda decena del siglo XX se *“... contempla también el aumento del peso específico de las clases dominadas; aumento de su organizaciones, de su influencia, de las acciones que realizan. El partido Socialista pasa de 15.000 a más de 50.000 afiliados; la UGT/Unión general de trabajadores de apenas 100.000 a 240.000; la CNT/Confederación nacional del trabajo, de 20.000 a 650.000 en progresión fulgurante”*.

El intento de Primo Rivera que no era otro que el de crear una nueva clase política no era fácil, pero acabaron apareciendo una nueva clase política, ajena a la oligarquía que dominó el régimen que desaparecía, aunque hubiera quienes fueron capaces de dar el salto.

¹ *Los comienzos del siglo XX. La población, la economía, la sociedad (1898-1931). Prólogo, pág. XXXI.* Manuel Tuñón de Lara. *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal.* Tomo XXXVII.

Fue la Unión patriótica un partido al que se incorporaron, como dirigentes, ciudadanos provenientes de la clase media, produciéndose el relevo que el general primo de Rivera pretendía, con lo que aparece un partido de derechas que pudiera denominársele de masas (se hablaba de un millón de afiliados), lo que permitiría el rearme ideológico de la derecha mediante la sintetización de los principios del tradicionalismo en el ámbito regeneracionista en conexión con el despertar de la derecha autoritaria en Europa, lo que no sirvió para dar soporte ideológico ni al Gobierno Primo de Rivera y a un gran partido de derechas, porque no rompió, con rotundidad con las formas tradicionales de gestión política, limitándose a la reiteración de las vaguedades regeneracionistas, por lo que el profesor Gil Pechorromán considera que si sirvió de *“gestación del pensamiento ultra de la derecha española de nuestro siglo”*.

El apoyo de Alfonso XIII a la dictadura de Primo de Rivera, sobre todo, tras la Convocatoria de la Asamblea Consultiva de 1927 tuvo como consecuencia la ruptura con la legalidad constitucional de 1876, con lo que el rey se colocaba en la situación de golpista y se consolidaba su descrédito.

La configuración del movimiento primoriverista como partido que *“pisaba moqueta”*, tuvo como consecuencia la muerte del conservadurismo liberal español, tanto porque como clase dirigente desapareció como porque su militancia, más bien escasa, transitaba hacia las aguas más placenteras de la Unión Patriótica. Muy pocos conservadores, acaudillados por Sanchez Guerra se opusieron frontalmente a la dictadura, así que la mayoría la aceptó con reparos.

Los social-católicos, controlados por la jerarquía católica, apoyaron, mayoritariamente, a la dictadura, aunque acabarían siendo críticos con ella, por las expresiones estatalistas que afloraban, de manera singular en el ámbito laboral, con la participación de los socialistas en los comités paritarios de mediación. En el último año del régimen primoriverista El Debate ya le fustigaba con firmeza, al percatarse de su vocación de permanencia de lo que se consideró, originariamente, como un régimen provisional.

V.- La quiebra del régimen monárquico.

Tras la caída del general Primo de Rivera, la vuelta a la normalidad constitucional exigía un proceso electoral, cuando no la apertura de un periodo constituyente como proponía el liberal-conservador Sanchez Guerra, pero el conservadurismo español, como está dicho, estaba realmente muerto, dividido, sin bases y sin capacidad organizativa. El conservadurismo clásico, además de dividió, se enfrentaba a la derecha autoritaria, en la que ya aparecía algunas formas pre-fascistas, como el albiñanismo, y era insignificante frente a la izquierda republicana.

Fallido el intento del general Dámaso Berenguer, que se apoyó, exclusivamente, en los conservadores del Conde de Bugallal, se encargaría del gobierno al almirante Juan Bautista Aznar, apoyado por todos los partidos dinásticos, excluida la extrema derecha, quien se comprometió a convocar elecciones municipales y, después, parlamentarias de carácter constituyente.

Como es sabido, las primeras se convirtieron en un plebiscito sobre la Monarquía que, aunque triunfó en el conjunto del país, fracasó en capitales clave. Así lo reseña José Sanchez Jimenez²: *“Las primeras, celebradas el 12 de abril, se desarrollaron en un clima de incertidumbre, con apatía monárquica, limpieza en la actuación del gobierno y expectativas de verdadero plebiscito, en este caso contra la Monarquía. Según los datos recopilados por ABC, de las urnas salieron 41.224 concejales monárquicos y 39.248 republicanos; pero en las capitales de provincia y grandes ciudades salieron elegidos 953 concejales republicanos frente a 602 monárquicos”.*

VI.- Conclusión.

Cabe concluir en que el conservadurismo español no fue capaz de transformarse ni ideológicamente ni organizativamente, para constituirse en un

² *La España contemporánea II. 1875-1931*, pág. 469. José Sanchez Jimenez. Madrid: Istmo, 1991. ISBN 84-7090-3244-X.

partido de masas que diera la réplica, en un nuevo bipartidismo, a la nueva izquierda española que ya estaba fogueada y dispuesta al acceso al poder.

Afirma, con razón, el profesor González Calleja³, que *“Paradójicamente, la Dictadura propició un nuevo impulso del sentimiento democrático, sobre todo a raíz del debate constitucional abierto en 1929, que propició la una floración insospechada de libros de análisis político, sobre historia contemporánea, las revoluciones y la lucha del liberalismo contra el absolutismo. Las clases medias mostraron cada vez mayor proclividad a apoyar modelos políticos más avanzados que el propuesto por el régimen primoriverista, cuyos éxitos económicos se estaban esfumando, o el representado por una Monarquía marcada por el estigma de la colaboración y que se reputaba en franca decadencia. Este divorcio entre la opinión pública y la Corona fue atizado por la intelectualidad liberal y capitalizado por el republicanismo que se transformó en la alternativa democrática por antonomasia para las clases medias y el movimiento obrero”*.

Era obvio que en tal escenario aquél conservadurismo que sirvió de soporte a la Restauración, hacía más de cincuenta años nada, o muy poco, podía pretender de la sociedad española y mucho menos pretender nutrirse de ella para constituir un partido de masas.

³ *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*, pág. 383 y 383. Eduardo González Calleja. Madrid: Alianza Editorial, 2005. ISBN 84-206-4724-1.